



Diamela Eltit

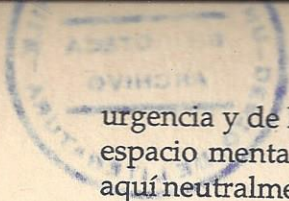
UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

Es un honor y un desafío hacerme cargo del discurso inaugural con el que se da inicio a los Estudios de Género en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, que dirige la decana Lucía Invernizzi, estudios impulsados especialmente por la crítica y profesora Kemy Oyarzún. Es un honor, repito, porque este espacio se vislumbra como un lugar estratégico de generamiento de saberes que van a incrementar la esfera pública de los discursos. En este sentido me atrevería a afirmar que la puesta en marcha de este posgrado representa un acontecimiento cultural que repone a la Universidad de Chile como un espacio de vanguardia en el ámbito de las universidades chilenas, en el sentido de tomar problemáticas teóricas consideradas como conflictivas en el interior del espectro social y otorgarles un estatuto académico mediante la reflexión y el análisis.

La presencia de la crítica inglesa Jean Franco es una muestra del rigor y de la amplitud con los que estos estudios buscan perfilarse en el espacio nacional. Jean Franco es una referencia cultural obligada para el mundo literario latinoamericano y sus estudios sobre la mujer constituyen un escenario teórico y crítico de inestimable valor para pensar las diferencias de las producciones culturales y artísticas del sujeto femenino. Y más allá de su reconocida solvencia intelectual y crítica, Jean Franco ha establecido una lectura y un diálogo con las zonas conflictivas y no hegemónicas del espacio latinoamericano, dando cuenta de su filiación política con el texto descentrado y estableciendo un puente entre los centros metropolitanos de producción de saber como es Estados Unidos y los países latinoamericanos. Pero, y esto es lo que me parece estratégico, su lectura y conexión no está en relación con los estereotipos con los que somos leídos desde las metrópolis ni tampoco con las producciones dominantes, sino con las aristas de esta Latinoamérica que ofrece junto a la tradición, reflexión, junto a la emotividad, desacato, junto a la verdad, simulacros, junto al rito, insurgencia. Y ese tejido complejo y convulso es el material con el que Jean Franco ha organizado una obra que me parece profundamente política y dotada de una inteligencia modélica.

El desafío que este discurso me plantea, radica en decidir desde dónde hablar, en cómo organizar la multiplicidad de signos de una problemática siempre en curso que implica constantes y sucesivas modificaciones que hacen tambalear la permanencia de cualquier certeza. Por supuesto no hablo en nombre de las escritoras chilenas, sino en tanto productora de textos y como participante de un escenario cultural. En ese sentido, me gustaría indagar aquí, de manera aleatoria, en una cierta memoria personal en donde literatura y género empezaron a converger y a configurar un espacio cultural.

Quisiera, en primer término, aludir a la cuestión de la



urgencia y de la emergencia. Quisiera hablar desde la noción de espacio mental y de territorio geopolítico. No pretendo hablar aquí neutralmente. Sería inútil obviar una ya larga pasión estética y política con la escritura, sería inútil, también, desconocer una marcada filiación por aquellos textos que se ubican en los bordes o bien en los centros de un intersticio de sentido para interrogar, para sorprender, para asaltar e incluso devastar al lector. Aquellos textos que desde una seducción creativa inesperada, iluminan poéticamente un sector encubierto por las convenciones. Sería inútil, repito, negar una impresión estética ante ese fragmento que trastornado, trastocado, hace del lenguaje escrito un enigma social. La urgencia y la emergencia (en el sentido de zona de emergencia) me parecen metáforas que hablan de una pasión y una conmoción con la escritura, de ese punto irrefrenable en los que los sentidos sociales estallan y se conmueven ocasionando una fractura en la continuidad del sentido, causando una convulsión en las certezas al ofrecer una escena dislocada de los cánones y de las convenciones.

Las escrituras a las que aludo, me parecen poderosas en un sentido no centrista del término. Y por ese espacio de poder (poder del conflicto, poder del secreto y del enigma) transita, a mi juicio, un importante nomadismo que las vuelve ambiguas e irreducibles ante las instituciones. Esos textos de un nomadismo poético y social en los que el signo literario se despliega y se repliega, no pueden sino incitar a la admiración. Digo admiración por su resistencia ante los poderes centrales que norman un obstinado, sospechoso sentido común que viene a servir sus intereses, que promueven una literalidad aletargante que termina siempre satisfaciendo al capital cuidadosamente acumulado en la clase compradora.

Sé que términos como clase o poder de compra pueden resultar anacrónicos o no pertinentes en el actual contexto de los discursos culturales, no obstante, sería inútil también obviar la sensibilidad dominante chilena en la cual estos estudios de género surgen, quiero decir en la férrea estructura neoliberal en la que estamos cautivos. Una estructura aparentemente amplia y que, sin embargo, obstaculiza seriamente las instancias de reflexión en nombre de una modernización acrítica, de una satisfacción centrada en la adquisición de un objeto inmediato. No se trata, en absoluto, de tomar una posición meramente antagónica frente a este sistema, sino más bien la posibilidad de establecer algunas preguntas polémicas a esta política de fin de milenio.

Porque se puede conjeturar alguna conexión entre el vértigo de los actuales discursos y el hecho de estar al borde del cierre de un ciclo temporal, quiero decir, que la cercanía del próximo milenio nos pone en una situación simbólica de extrema decrepitud social. No se trata sólo del drama de pertenecer a un siglo que cesa sino de un milenio en extinción. Entonces, sin excepción, ya estamos transformados en una especie de vampiros, pues transportamos a cuestas una historia demasiado larga que es necesario equilibrar con la vitalidad que ocasiona el rodearse de lo efímero, el recubrirse con una cosmética simple que rompa el agobio senil de un tiempo inconmensurable que nos nombra como ya anacrónicos frente a un impresionante porvenir que nos excluye.

Una sociedad vampirizada que se alimenta de la oferta de los discursos que parlotean, vocean deseos rápidos, que ordenan los conflictos en un cómodo escalafón, que simplifican los problemas hasta la caricatura para promover un «happy end» infinito. Pero también un tiempo partido en dos, que re-excluye lo excluido o bien hace de la exclusión un síntoma leve y, de la desigualdad, una mueca irónica. El fin de siglo se presenta verdaderamente como un fin de siglo, en una escena estremecedoramente exacta, prodigiosamente histórica, peligrosamente histórica. Hoy, la pobreza y sus formas culturales se balancean en la periferia relegando a las hablas a solitarios ejercicios de sobrevivencia. Para el sistema oficial, la pobreza ha sido reducida a números, está cuantificada y por esta reducción aritmética, deshumanizada y carente de energía política.

Y, al sumergirse en este tiempo inconmensurable, la memoria se vuelve múltiple, segmentada también por la temporalidad. Como participante de los conflictos, como escritora conflictiva quizás, es que me gustaría rememorar el nacimiento del Movimiento Feminista en el año 1982, cuya base teórica y política fue articulada principalmente por la socióloga Julieta Kirkwood, movimiento que unió dos problemáticas: el autoritarismo y la mujer. Agrupación que emergió bajo dictadura y que expuso a sus participantes a diversos dilemas teórico-políticos, a divergencias con otras organizaciones de mujeres que vieron el feminismo como una manifestación meramente opositora a la esfera de lo masculino y ese prejuicio originó también una fuerte y anacrónica caricaturización social. Pero esta emergencia permitió en esos años pensar problemas referidos a la colonización de los discursos, al lugar subsidiario de la mujer latinoamericana cuando se nombra como feminista en relación a las metrópolis; quiero decir, el riesgo permanente de ser colonizadas, esta vez, por una institucionalidad transnacional ajena al devenir que nos señala como otras frente a otras. Pero, desde luego, este riesgo permitió problematizar la noción de diferencia cultural frente a devenires sociales y simbólicos.

Desde la coyuntura política de los ochenta, es que las organizaciones y los centros de estudios independientes iniciaron la labor de recuperación de una cierta historia política de la mujer. Y en esas investigaciones pudo hacerse visible el aporte de las primeras feministas chilenas —pertenecientes al feminismo igualitario— quienes, en los inicios del siglo XX, desde distintos discursos y diferentes posiciones políticas generaron organizaciones y textos alusivos a la problemática de la mujer, como Amanda Labarca, Elena Caffarena y la escritora Inés Echeverría Larraín (Iris). Ya, a finales del siglo XIX, con la entrada de la mujer a la Universidad, empezaron a articularse fragmentariamente disconformidades frente a la legalidad existente y así, en la primera mitad del siglo XX, habían surgido en Chile dos partidos políticos de mujeres; ya era visible el concepto de lucha reivindicativa, ya el rol oficial de la mujer estaba puesto en cuestión desde la disparidad en la que lo femenino era recepcionado históricamente por los poderes centrales. Temas como el divorcio y el aborto circulaban abiertamente por las páginas de las publicaciones emanadas por las organizaciones, romper con la discriminación era un lema

común y, el gran elemento social movilizador y aunador de sensibilidades, en las distintas organizaciones, fue la petición del voto político para la mujer.

Con la obtención del derecho a voto en 1949, las mujeres se insertaron progresivamente en partidos políticos y eligieron sus representantes en el parlamento. En 1953 fue elegida la primera senadora de la República, María de la Cruz, quien sin embargo, fue inhabilitada meses después, en un procedimiento que no se ha repetido nunca en la historia de las cámaras, debido a un confuso incidente de tipo comercial. Los partidos políticos abrieron ramas femeninas y la preocupación en torno a la mujer se centró en aspectos sociales relacionados fundamentalmente con la maternidad y el trabajo, dejando intocado el campo simbólico de la desigualdad de roles. Ganancia y pérdida fueron coexistentes y se inició lo que Julieta Kirkwood denominó después como «el silencio de las mujeres», es decir la subordinación de la mujer a los partidos políticos tradicionales de estructura patriarcal.

Desde luego, sería inoficioso extenderme aquí sobre la enorme fuerza que la problemática de la mujer suscitó en la primera mitad del siglo. Factores políticos nacionales e internacionales se conjugaron para que los discursos estallaran problematizando la situación de las minorías. Sólo quiero expresar aquí la sorpresa que estos textos iniciales de mujeres plantean, por la apertura en la cual se anunciaba el debate de temas que hoy resulta imposible abordar en forma pública y la sorpresa también al observar de qué manera ese debate fue interrumpido y hasta acallado en los años siguientes y cómo la rearticulación de la cuestión de lo femenino se produjo justamente durante una de las épocas más críticas de la historia chilena como fueron los años de la dictadura militar.

Y, en esos años, en 1987, algunas escritoras, llevamos a efecto el Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, título extenso y quizás en algo estruendoso, pero que puso en escena, de manera inaugural, el problema de la escritura gestado por el sujeto mujer. El valor de ese congreso internacional fue especialmente político, por el contexto en el cual se generaba, quiero decir en plena dictadura militar y por la forma en que fue realizado, sin apoyo institucional como no fuera el de la iniciativa de críticas y escritoras que llevamos a cabo lo que hasta hoy considero como una agotadora gestión sólo «por amor a la escritura». Sin mayores referencias internacionales, salvo el apoyo de académicas chilenas que residían en Estados Unidos, este congreso convocó tanto a latinoamericanistas de Europa y Estados Unidos, como también a un número considerable de escritoras chilenas que se reunieron, por primera vez, a pensar públicamente situaciones de descompensación cultural que afectan a la mujer escritora.

La realización del congreso influyó de manera directa en la situación de la crítica literaria, que con mayor o menor énfasis, que con mayor o menor entusiasmo, que con mayor o menor fortuna, hubo de considerar lo femenino como plataforma de lectura ya fuera para desmerecer o confirmar la exactitud de una obra. Desde la realización del congreso del 87, la especificidad de los discursos literarios elaborados por mujeres formó parte del discurso crítico

periodístico, en un debate todavía abierto en el que se pueden leer diversos mecanismos que hablan de la recepción social de este problema. También surgió una crítica literaria específicamente feminista que se abocó a señalar la existencia de microrrelatos y estéticas marginales de la alteridad. En la noción de lo «otro», en los momentos en que el macrorrelato y las utopías socioliterarias planteadas por la literatura hispanoamericana declinaban, descansó fundamentalmente la lectura crítica y teórica de textos producidos por mujeres para buscar allí los nuevos signos posmodernos del descentramiento y lo antihegemónico. No obstante estas nuevas lecturas siguen siendo minoritarias pues el espectro crítico continúa atravesado por mecanismos complejos y múltiples en donde literatura y sociología se cruzan y se confunden.

Si, históricamente, la crítica literaria fue complaciente al leer textos de mujeres, y en ese complacer se insertaba una noción de femenino convencional y debilitado, exento de rigor literario, ornamental y por ello, desechable, las excepciones como Gabriela Mistral, Marta Brunet o María Luisa Bombal, que sí aportaron de manera ineludible estéticas consistentes al tramado chileno literario, fueron recepcionadas de manera ambigua, forma especialmente perceptible en el caso de Gabriela Mistral que fue estereotipada hasta el paroxismo en el doble estatus de maestra –madre de niños chilenos– y de victimada por el amor trágico, desde sus notables «Sonetos de la Muerte». Y esta lectura, despolitizada, permitió que los textos producidos por hombres siguieran manteniendo la hegemonía y el poder del discurso en la esfera cultural literaria.

Con el advenimiento de la noción de género al ámbito literario, la forma crítica dominante que hoy se advierte es trazar una línea divisoria entre literatura de hombres y literatura de mujeres y, hasta me atrevería a decir, literatura para mujeres y, de esa manera, mantener intactas las formas hegemónicas del discurso literario masculino. Si a eso se agrega la oferta del mercado, la cuestión de lo femenino aparece signada por una cierta exigencia de dar cuenta de un nuevo estereotipo social, esto es, el imperativo a la representación y desde la representación a la representatividad. Textos que sean representativos de la mujer, textos en donde la mujer sea leída de manera global y, por ello, el énfasis recae en contenidos e historias lineales, rehuyendo así el uso sintáctico, las estructuras y el trabajo con los signos literarios.

Aunque me parece importante el acceso de la mujer al mercado editorial y, con ello, la internacionalización de la problemática de la mujer, me parece que se hace necesario mantener vivas algunas preguntas frente a este fenómeno. La relación literatura-mercado no es una relación inocente, está marcada por un proyecto social que promueve el consumo y la espectacularización del objeto. Una espectacularización que necesariamente resulta excluyente y termina atentando contra la diversidad. Las claves del mercado pueden ser rápidamente decodificadas, por lo tanto, la gran tarea intelectual parece ser la pregunta por aquello que no ingresa como deseo en el espacio público. Si el mercado trabaja con la inoculación del deseo a través de la noción de espectáculo, habría que revisar cuáles deseos están oprimidos del

registro oficial, qué sintaxis aparecen escamoteadas, cuáles sentidos resultan contraproducentes y por qué el malestar que producen aquellas escrituras que no se inclinan ante los sentidos dominantes requeridos para su inserción masiva.

Insisto, la relación literatura y mercado no es inocente, está inscrita en un proyecto político y como siempre combate a otros proyectos, avasallándolos. Y ese avasallamiento tiene una forma y una tecnología, voy a ocupar una metáfora, se produce una especie de embargo (en el sentido del caso cubano) sobre aquellas producciones que contradicen las políticas de la satisfacción o del sentido común. Porque el mercado promueve una literatura en algo trasgresora, moderadamente rebelde, relativamente erótica.

Pero, más allá del espectáculo, siguen vigentes las preguntas por los poderes en relación al sujeto mujer, en relación a la escritura y a la producción de saberes. ¿Cuál sería el mecanismo social o mejor dicho los mecanismos que sin hacer de la escritura un material cooptable por los poderes centrales, hicieran que ella, sin embargo, habitara un espacio social transformativo? No pienso que haya una respuesta exacta como no sea el propiciar el generamiento de algunos espacios consistentes de reflexión sobre lo alterno, espacios de políticas culturales amplias y diversas que hicieran del intersticio un arma de confrontación para legalizar y socializar los saberes críticos hoy impugnados, boicoteados por el registro oficial. Y pienso que los estudios de género que hoy se inician constituyen precisamente un espacio transformativo en el campo de los saberes académicos.

No me parece una tarea fácil esta labor por el riesgo de institucionalización y uniformización del pensamiento, aunque sí quisiera destacar el trabajo de algunas mujeres que, desde distintos ángulos, hacen una labor de resistencia cultural ante los discursos hegemónicos como Nelly Richard y la *Revista de Crítica Cultural*, Eugenia Brito y su libro *Campos Minados*, Raquel Olea desde la Casa de la Mujer La Morada, las *Yeguas del Apocalipsis* que indagan en el sujeto estético homosexual, Ivette Malverde y Patricia Pinto en la Universidad de Concepción, pioneras en los Estudios de Género en los centros académicos chilenos, Sonia Montecino y los Estudios de Género en pregrado en la escuela de Antropología, Marisol Vera y la editorial Cuarto Propio, y, desde luego un grupo de narradoras y poetas que mantienen una literatura particular que sigue indagando en la complejidad que ofrecen los códigos literarios.

La pregunta por la disparidad del género femenino, ya lo sabemos, no es sólo una pregunta que pueda resolverse de manera objetiva ni menos voluntarista. Es especialmente una pregunta dirigida a elementos simbólicos que habitan en el centro de la propia mujer, desgarrándola. Desgarro que se escenifica en su escritura produciendo disonancias o bien frustraciones, escrituras que confirman el lugar subsidiario al duplicar estructuras dominantes o bien que transitan por códigos que van desde la sumisión al desacato. Si el lugar de la histeria, de la envidia, de la mentira, de la traición le ha sido otorgado a la mujer por la historia, si la mujer ha vertido sobre la imagen temible de la otra mujer su pulsión, si los poderes dominantes han colapsado el entendimiento entre mujeres precisamente por la inexperiencia en el

ejercicio del poder, podemos decir que hoy sí tenemos un saber sobre estos hábitos en los que en parte estamos estructuradas. El problema con la madre, quiero decir con la otra, ya sabemos, es ya una cuestión desentrañada políticamente por la teoría feminista. La mujer no es monolítica, al revés, es múltiple, y otra gran tarea parece ser entender esa multiplicidad y cambiar el sistema binario de alianzas opuesto al de enemistad por una política de las coexistencias y, de esa manera, alterar las mecánicas de fragmentación y de disolución que promueven los poderes dominantes.

Personalmente pienso que la categoría de género femenino es aquella que está en los contornos de los poderes centrales. Y en este sentido, al hablar de categoría cultural, pienso lo femenino no ligado unívocamente en la literatura al sujeto mujer, sino más bien a aquellas obras que interrogan y por interrogar cuestionan códigos dominantes, porque puede haber mujeres que los confirmen y, aún más, los dupliquen. Por eso, cuando pienso en lo femenino en relación a tejidos literarios, hoy pienso más bien en nomadismos incesantes, en la organización de múltiples poéticas nómadas que se acerquen y se fuguen de las instituciones y cuyas huellas estéticas produzcan en la belleza de su gesto, el temblor social requerido para nombrar y para nombrarnos, como la otra y la otra y la otra. Para expresarlo de otra manera, y finalizar mi intervención, lo que en realidad quiero decir, es el deseo por aquellas escrituras en parte legales y en mucho bastardas.